



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Bonifacio Pinedo.)



—Digo que tengo talento;
digo que con él consigo
un triunfo á cada momento,
y... aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El esclavo, por Luis de Ansorena.—Mercedes la descuidada, por Juan Pérez Zúñiga.—Tiempo perdido, por Sinesio Delgado. El deber, por Jacinto Octavio Picón.—Plato del día, por Fiacro Yrázoz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular — Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Bonifacio Pinedo.—Dos cartas de Pepe (dos viñetas).—Veraniegas (ocho viñetas).—El deber (dos viñetas).—Precauciones, por Cilla.



El insoportable calor de estos días empuja á los madrileños hacia las playas, y los trenes salen todas las tardes rebotando viajeros.

Mientras unos preparan los bártulos para emprender la marcha, otros se disponen á despedir á sus amigos, según costumbre. Y ésta es una de las calamidades

que ha inventado la sociedad moderna.

—Los de Cogorza se van el jueves. Hay que ir á decirles adiós—dicen los amigos de los de Cogorza.

Y ya les ha caído que hacer á estos desdichados.

Un viaje necesita siempre preparativos, y antes de salir de Madrid hay que dejar las cosas en su sitio; hacer los baúles, disponer la merienda y dedicarse á última hora á una porción de detalles importantísimos; y á última hora, precisamente, es cuando se les ocurre á los amigos hacer la visita de despedida.

En la sala reina el mayor desorden; la señora da vueltas sin cesar para recoger la ropa y guardarla en el armario; el esposo anda de aquí para allá, dictando órdenes, tropezando en los baúles y recontando en un rincón el dinero necesario para el viaje.

Los niños, locos de júbilo, no saben lo que se hacen y se van á la cocina á oler la merienda y abren los sacos de noche y pretenden llevarse á provincias todos sus juguetes, incluyendo al gato y á la hija de la portera.

—Anatolia—dice el esposo á su mujer,—¿has metido en el baúl mi dentadura nueva?

—Sí, hombre, sí; déjame, por Dios, que tengo la cabeza como una olla de grillos.

—No te olvides de llevar mis navajas. Ya sabes que en Figueira afeitan muy mal. El año pasado quisieron afeitar á un sacerdote de Barba de Puerco y le hicieron á él un siete en la sotabarba.

—¡Jesús, qué mareo! ¿Dónde estarán ahora tus calzoncillos de baño?

—Búscalos, mujer. Ya sabes que les tengo cariño porque con ellos me conociste en Comillas hace doce años.

—No me lo recuerdes.

En aquel momento penetra en la casa la familia de Fernández, que va á despedir á los viajeros.

—No hemos querido dejar de decir á ustedes adiós—exclama la señora arrojándose en los brazos de su amiga.

—¿Para qué se han molestado ustedes?

—¿Molestarnos? De ningún modo. Es un deber.

Los Fernández no vienen solos; traen también á los niños, que no hacen más que ver los baúles y se suben encima. Los niños de la casa fraternizan con los recién llegados y entre todos arman un estrépito infernal.

—Llevamos merienda—dice uno de los Cogorza.

—¿Dónde está?—pregunta otro de los Fernández.

—En la cocina. ¿La queréis ver?

Y todos se lanzan sobre el fogón, con gran disgusto de la cocinera que grita furiosa:

—¡Señorita! Llame usted á los niños, que están jugando con el jamón y lo van á manchar.

Claro que la familia Fernández exige ciertas atenciones y no es

cosa de dejarla sola en la sala, por lo cual tienen que suspenderse los preparativos del viaje.

—Pues, hija—dice Fernández, padre, tomando asiento con toda calma,—nosotros no podemos salir de Madrid este año porque yo necesito estar aquí para ver si se deshinchá un amigo del alma.

—¿Cómo es eso?—pregunta Cogorza.

—¿Conoce usted á Salmonete, el del Tribunal de Cuentas? Pues estaba en la oficina componiendo un paraguas (porque allí es adonde va él á componer las cosas que se le rompen) y de pronto sintió así como un vahido y al día siguiente estaba hecho una bota. ¿Cómo quiere usted que me vaya á los baños dejándole así?

—¡Naturalmente!

La señora de la casa no hace más que dirigir miradas á su alrededor, recordando que faltan todavía muchos detalles. El esposo, á su vez, piensa en una porción de cosas necesarias, y Fernández continúa hablando de la inflamación de Salmonete, de la guerra de Cuba, del Gobierno, del gazpacho y del duelo de los dos generales.

* *

Tras la familia Fernández entra otra, también con el propósito de despedir á los viajeros, y después llega un amigo de Cogorza y una prima y una viuda con un niño que se pasa llorando toda la sesión.

Cogorza y su mujer están desesperados, pero sonríen y tienen que sostener la conversación y agradecer las visitas, y en éstas y las otras, llega el momento de ponerse en marcha.

—Ya no nos podemos detener. Ustedes nos van á dispensar—dice Cogorza.

—¡Pues, hombre, no faltaría más!—contestan á coro los visitantes.—Hagan ustedes lo que tengan que hacer. Nosotros somos de confianza...

Pero como han estado robando un tiempo precioso, resulta que Cogorza no ha podido cerrar los baúles, ni la señora ha acabado de recoger todo lo que hay sobre las sillas. Además, falta hacer el lío de las mantas y encerrar al gato y hablar con la portera para que le compre cordilla todas las mañanas y le ventile.

Dentro de una hora escasa debe partir el tren, y Cogorza, fuera de sí, comienza á meter la ropa á puñados en los baúles y á echar sapos y culebras por la boca, mientras su mujer se pone el guardapolvo de viaje maldiciendo las visitas; y cuando al fin llegan á la estación, agitados y sudorosos, Cogorza se da una palmada en la frente diciendo:

—¿Sabes lo que sucede?

—¿Qué?—pregunta la esposa alarmada.

—Que me he dejado sobre la consola la llave de los baúles. ¡Malditas sean las visitas!

Luis Taboada.

*

El esclavo.

I

La ley inicua que á los hombres daba
diversa condición,
y tomaba en sus cálculos absurdos
como base el color,
hizo esclavo á Lucrecio, que sentía
bajo su negra piel
latir un corazón hermoso y lleno
de noble intrepidez.
La herencia y la costumbre le obligaron
á aceptar su baldón
y á soportar como la mansa bestia
los golpes del señor,
por más que desde el fondo de su pecho
se alzase sin cesar
rudísima protesta, que á sus labios
no asomaba jamás.
La triste suerte del esclavo quiso
nuevo tormento unir
al del bárbaro yugo que sufría,
y el que ya era infeliz
al pensar en lo inútil del esfuerzo
que hiciera por romper
la pesada cadena del esclavo
forjada por la ley,
vióse invadido por horrible angustia
el día que sintió
su doble esclavitud, con la cadena
que forjaba el amor.
Las juveniles gracias de la esposa
de su señor cruel

con llamaradas de pasión profunda
 abarcaron su ser,
 y, ansioso de la dicha ó de la muerte,
 le confesó su afán,
 pidiéndola perdón para su falta...
 para su amor, piedad.
 Y mostró en sus palabras tal grandeza
 y alma tan superior...
 que aquello en que la ley y el hombre erraron ..
 ¡la mujer lo enmendó!

II

No se dió cuenta del tremendo impulso
 que le hizo el puño alzar...
 Le dolió el latigazo más que nunca,
 demudóse su faz,
 sintió la sed del crimen, lanzó un grito
 de rabia y de dolor,
 y el recio brazo, convertido en maza,
 sobre el amo cayó...
 ¡Golpe fatal que ocasionó su muerte!...
 Lucrecio, con desdén
 miró el cadáver, arrancóle el látigo...
 y alejóse después...

III

Camino del suplicio, un compañero
 dijo al esclavo así:
 —¿No comprendiste que matarle era
 condenarte á morir?
 —No lo dudé—le respondió el cuitado.—
 ¿Mas que podía hacer
 si el latigazo me dolió en el cuerpo
 y en el alma también?
 La carne negra, acostumbrada al golpe,
 se resigna al dolor;
 mas si despierta el alma á otros anhelos,
 nace la rebelión.
 Del letargo de bestia en que vivía
 me sacó una mujer...
 Me dió la dignidad que me faltaba...
 ¡Por eso le maté!...
 Lo que antes era sombra, de repente
 cambióse en viva luz...
 ¡El que es esclavo del amor no aguanta
 distinta esclavitud!
 ¡Hombre que quiere como yo la quiero
 no se deja ofender...
 ni tolera en su piel más latigazo
 que el beso que ella dé!

Luis de Ansorena.



MERCEDES LA DESCUIDADA

Yo les aseguro á ustedes
 que en nadie he visto jamás
 los descuidos que en Mercedes,
 la señora de don Blas.

Con mansedumbre que encanta,
 y así, como si tal cosa,
 el pobre don Blas aguanta
 los descuidos de su esposa.

Ella escribió á unos parientes;
 no encontró sobres á mano,

y aunque mandó á sus sirvientes
 buscar los sobres, fué en vano.

¿Cómo lograr que los pobres
 hallasen su paradero,
 si había puesto los sobres
 debajo del fregadero?

Un día (no sé si á plazos)
 una capota compró
 con plumas, flores y lazos;
 pero al punto la perdió,

y tras mil operaciones
 al fin logró dar con ella.
 ¡Estaba entre los colchones
 del catre de la doncella!

Otra vez dió por perdido
 cierto billete amoroso.

¡Horror! Le había metido
 en el gabán de su esposo.

Como es buena cocinera,
 suele hacer con mucho tino
 un guisado de ternera
 con pedazos de tocino,

y maquinalmente esconde
 todos los trozos sobrantes...
 ¿saben ustedes en dónde?

En la caja de los guantes.

En cambio, un día exclamaba:

«¿Dónde estará mi pulsera?»

¿Y saben en dónde estaba?

Pues en la chocolatera.

¿Qué más? ¡Si parece guasa!

Llamó á don Blas una vez;

al no hallarle, hizo en la casa
 nueve registros ó diez,
 y al cabo logró Mercedes
 encontrar á su marido.

¿A que no saben ustedes
 dónde se había metido?

Había puesto á la sombra
 á su Blas, que es un cordero,
 entre unos rollos de alfombra
 que hay en el cuarto ropero.

En fin, no son cosas mías:

afirma su amigo Atienza
 que Mercedes hace días
 ha perdido la vergüenza,
 y hoy anda con afán loco
 buscándola, aunque es molesto;
 mas ¡ay! no sabe tampoco
 dónde demonios la ha puesto.

Ahora á mí díganme ustedes
 si han visto en nadie jamás
 los descuidos que en Mercedes,
 la señora de don Blas.

Juan Pérez Simón.



TIEMPO PERDIDO

Un artista ateniense, de veinte años,
 hastiado, según él, de los placeres,
 porque siempre le dieron las mujeres,
 al fin de sus pasiones, desengaños,
 piensa pedir, para encontrar el goce
 que no ha podido hallar en otra parte,
 el auxilio del arte
 cuyos secretos mágicos conoce.

Y enamorado pronto de su idea
 se dedica febril á la tarea
 de tallar una estatua tan hermosa
 como la misma Venus Citerea,
 para excitar la envidia de la diosa.

Y aunque el afán de verla concluida
 le sirve en el trabajo de acicate,
 pasa la juventud, ¡pasa la vida
 sin dar á su ilusión cima y remate!
 Porque buscando en ella
 la perfección completa, sobrehumana,
 lo que hoy encuentra bien rompe mañana
 ¡y no la ve jamás bastante bella!

.....
 Cincuenta años después, por fin, un día,
 contemplando la estatua satisfecho,
 piensa: —Perfecta eres; esto es hecho:
 si tú fueras de carne, te amaría.
 A Júpiter, que admira la hermosura,
 del sacro fuego pídele la mecha,
 y, en el instante mismo, la escultura
 se convierte en mujer hecha y derecha.

Al verla el escultor tan seductora
 se mira en un espejo,
 se halla cansado, y abatido, y viejo,
 y dice suspirando: —¡A buena hora!

Sinesio Delgado.

Dos cartas de Pepe.



•Mi querida esposa: El negocio toma mal aspecto; tendré que prolongar mi estancia en ésta otro par de meses. Sabes que te quiere tu...»

•Mi encantadora Patro: El negocio me ha salido perfectamente. Podemos correrla un par de mesecitos. Espérame en Deva, como el año pasado. Te adora con todo su corazón y toda su alma tu pachoncito...»

VERANIEGAS



—¡Anda! ¡y decías la semana pasada que ibas á pasar el verano en Biarritz!
—Es que... ¡ya he vuelto!



—Se la convida á usted á un chico de cebada.
—Gracias, rumbo; no quiero que por mi vaya usted á dejar sin comer á la familia.
—¡Si yo no tengo familia ,prenda!
—¿Que no? Pues, hijo, se le parecen á usted mucho toos esos que van tirando de los Ripert.



—Ese que viene detrás cae de esta hecha. ¿Has oído lo que ha dicho? ¡Qué chica tan mona!
—Dispensa; yo he entendido al revés: ¡qué mona tan chica!



—Tú miras lánguidamente hacia la izquierda, yo hacia la derecha...y ¡no queda una mujer en su sano juicio en todo el paseo de Recoletos.



—¡Concho! ¡pues eotoy yo bueno ahora para dar la mano á un amigo!



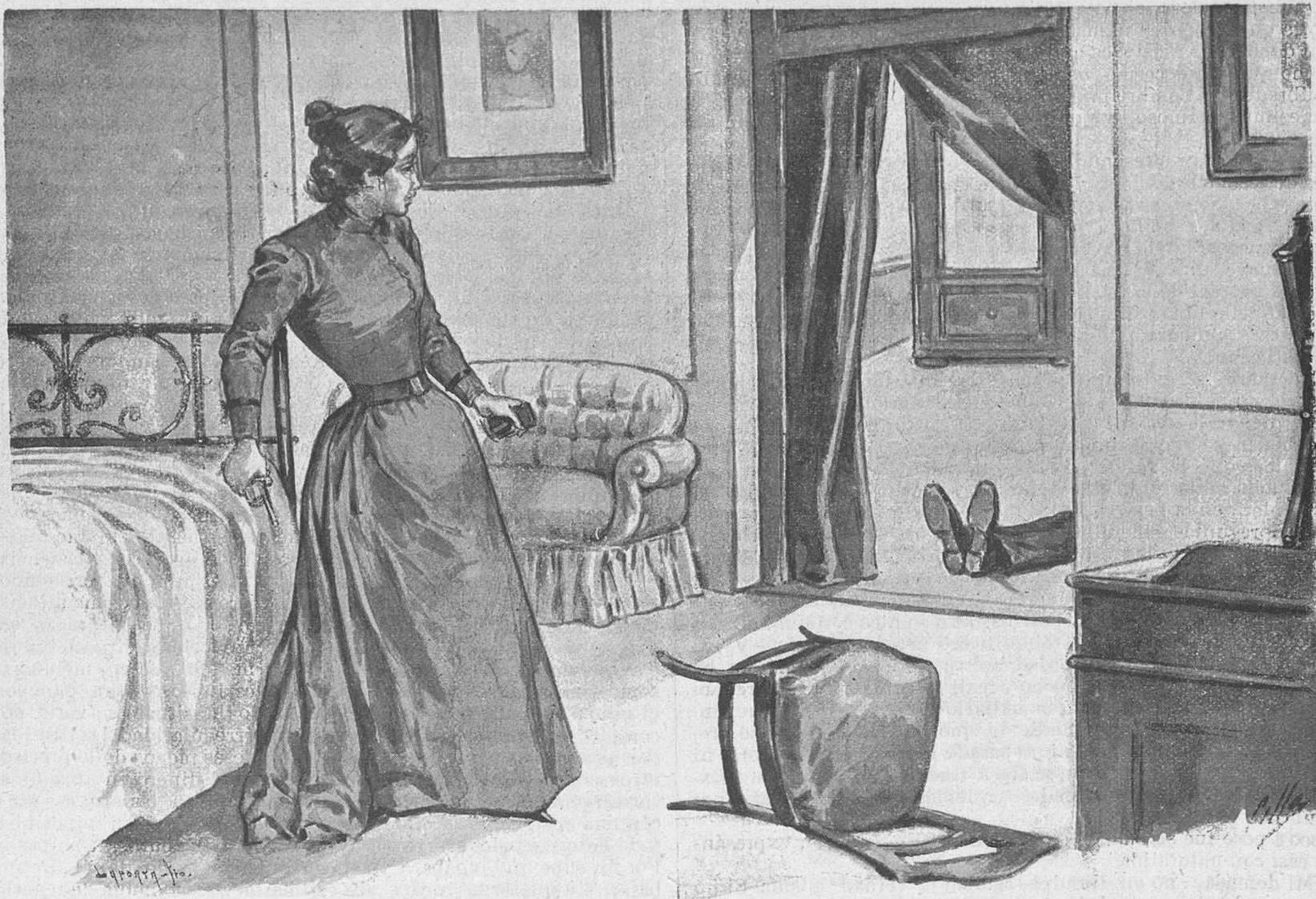
—Ya sé lo que es el sol. Un burgués que goza con el sudor del proletariado. ¡Muera el sol!



—¡Qué ganas tengo de tener familia y de tener dinero, para que digan los periódicos que el Sr. Anchoez ha salido á baños con su distinguida familia!



—Ya se me marchó el último hué-pede. Ya vuelvo á ser una señora sola que desea un caballero estable.



EL DEBER

Estábamos hablando de crímenes extraordinarios y procesos célebres por sus causas ó por sus circunstancias; y, como era natural, algo se dijo también de la intervención más ó menos acertada de los jueces, y de su mayor ó menor rectitud. Cada uno de los presentes refirió algún caso interesante ó curioso, y se pronunció varias veces la palabra *deber*. D. Cristóbal dijo de pronto:

—El deber... el deber... ¿quién sabe en determinadas ocasiones lo que es, ni en qué consiste, ni cómo se cumple? Y lo que aún es más difícil, ¿cómo se distingue el deber meramente legal, cuyo cumplimiento basta para el honrado desempeño del cargo, del otro más noble, más excelso impuesto por la conciencia? Sobre todo, en algunos casos, ¿quién puede garantizarnos que sea deber el mandato, la inspiración de la conciencia? Y, en cambio, les aseguro á ustedes que otras veces lo cumple uno aun á costa del deber legal, y se queda tan tranquilo.

Comprendiendo que en aquellas palabras iba envuelto el recuerdo de algún suceso en que había intervenido durante su larga carrera de juez y magistrado, le suplicamos que nos lo contara y, accediendo á nuestro ruego, lo hizo de este modo:

—De lo que voy á referir hace ya bastante tiempo: la primera insurrección de Cuba y la guerra carlista estaban en su período agudo. Puede decirse que no pasaba día sin que de Madrid saliese tropa para el Norte ó para los puertos de embarque, pero las gentes apenas se daban cuenta de ello: especialmente á los batallones que iban á Cuba no se les despedía con el entusiasmo que han presenciado ustedes recientemente; en cada hogar, en cada casa habría sus penas, pero el país en general estaba ya acostumbrado á aquella sangría suelta y la atención pública prestaba más atención á la campaña del Norte.

Yo era entonces juez de un distrito de Madrid. Una noche, en una casa de la calle de... no hace falta decirlo, sonaron dos disparos de arma de fuego, tan seguidos que parecieron simultáneos, y una criada del cuarto segundo salió á la escalera pidiendo socorro y diciendo á gritos: «¡La señora está matando á su marido!» Los vecinos que acudieron por deseo de prestar auxilio ó por mera curiosidad quedaron aterrados. Efectivamente, una señora acababa de pegar á su marido dos tiros. Se avisó á la casa de socorro y al juzgado de guardia, donde yo estaba de servicio. Llegué poco después de cometido el delito. El aspecto de las habitaciones indicaba que allí vivía una familia de clase media, en mala posición; mas por algunos detalles y menudencias que aprecia quien está acostumbrado á observar, comprendí que aquella gente había gozado mayor prosperidad. En un gabinete, caído al pie de un armario de luna, junto á la puerta de la alcoba, estaba tendido en el suelo y ya muerto un hombre de cuarenta y pocos más años. Las heridas

eran dos, una en el pecho y otra en el cuello: la sangre que salía de ellas formaba dos charquillos de bordes espesos que se embebían rápidamente en la alfombra, reflejando en su superficie la imagen empequeñecida de la lámpara colocada sobre la chimenea, cuya luz, recogida por una gran pantalla, iluminaba de lleno el rostro del cadáver. El muerto estaba vestido á lo caballero, mas con claros indicios de no andar muy sobrado de recursos: la levita lustrosa de usada, los puños de la camisa desfilachados, las botas de charol, pero viejas; tenía el gabán puesto: iba á salir ó acababa de llegar. Era alto, de buena figura, las facciones alteradas por una sensación de dolor... ó acaso por un gesto de ira. En la alcoba, entre la cama y la pared, estaba como refugiada, su mujer, la que acababa de matarle, lívida, inmóvil, espantada de lo que había hecho, conservando en la mano derecha el revólver y oprimiendo en la izquierda una cartera pequeña. En el momento de presentarme vi que varias personas formulaban sus impresiones en frases breves: «Algo gordo tenía que suceder aquí.»—«Pues celos no serían; de ella no se sabe cosa mala.»—«La muerte ha sido instantánea,» y cosas parecidas. De pronto, una vecina del tercero dijo: «¿Y el hijo? ¿Dónde estará Pepe?» Y una señorita del principal, por cierto preciosa, repuso: «En la casa de al lado, estudiando con un amigo.» Fueron á buscarle, sin que á nadie se le ocurriera pensar en la emoción que había de recibir, y en el camino le dijeron atolondradamente, sin preparación alguna, lo sucedido. El chico representaba menos de veinte años y era muy guapo. Entró en el gabinete pálido, tembloroso; miró fijamente á su padre, se arrodilló á su lado y, cogiéndole una mano, se la besó con expresión de humilde y sincera piedad filial, pero sin gritar, sin desesperarse, sin hacer extremos, sin clamar venganza. Aquel dolor tranquilo, tibio, como desapasionado, me impresionó mucho. En cambio, al ver á su madre, que seguía refugiada en la alcoba, fué corriendo hacia ella, le quitó el revólver, que tiró sobre la cama, y se arrojó en sus brazos llorando y besándola con ansia, con señales inequívocas de la más entrañable ternura. Luego, indudablemente aterrado ante las terribles consecuencias del delito, le dijo con profunda amargura: «¿Qué has hecho!» Ella le miró amorosamente con una mirada larga, profunda, llena de ideas y de cosas que sólo ambos sabían.

Dispuse que el cadáver fuese llevado al depósito judicial, dejé en libertad á las criadas, hice que el hijo, después de recoger algunas ropas, se retirase acompañado de unos vecinos, y allí mismo, en el despacho de la casa, tomé á la madre la primera declaración.

Al salir de la alcoba, cuando ya se había marchado todo el mundo, se acercó á mí y me entregó la carterita ó tarjetero, por cierto

bastante abultado, que hasta entonces tuvo constantemente en la mano. Despejadas de curiosos las habitaciones, pasamos al despacho aquella señora, el actuario que me acompañaba y yo: en la puerta quedaron dos alguaciles y los agentes de orden público. Y aquí debo decir á ustedes que el actuario era un joven que tenía mucho que agradecerme nada menos que de ir á presidio le había yo librado; era hombre mío en cuerpo y en alma, por gratitud, lo cual es muy hermoso, y por temor, lo cual desgraciadamente es más seguro.

Dofia Carlota representaba cuarenta ó cuarenta y dos años, muchos de los cuales debieron de ser de penas á juzgar por su mirada triste y el tono amarillento, de flor marchita, que tenían sus mejillas: era alta, esbelta, el pelo negro, los ojos negrísimos, grandes, hermosos; la voz, á pesar de su extrema agitación, parecía dulce, suave, una de esas voces que parecen desconocer las modulaciones propias de la rebeldía y la soberbia. Yo, mirando y remirando aquella figura inteligente y simpática, me preguntaba mentalmente: «¿Qué drama habría aquí para que esta mujer hiciera lo que ha hecho?...»

El actuario se sentó ante la mesa del muerto, donde, dicho sea de paso, no había señales de trabajo; D.^a Carlota quiso permanecer de pie: yo le obligué á sentarse. La costumbre me inclinaba á la sequedad y el desabrimiento, á tratarla sin miramientos; la razón, y más que la razón algo así como una corazonada, me decía que aquella mujer era delincuente sin ser criminal: el delito era indudable... en la perversidad... me costaba trabajo creer.

A las preguntas generales de la ley repuso llamarse Carlota... de Tal, de Madrid, de treinta y nueve años, casada con D. Agustín, de quien tuvo el hijo que acababa de retirarse.

Viéndola muy excitada y nerviosa, procuré calmarla, y hasta creo que involuntariamente, por instinto, lo hice con una dulzura impropia de la situación. Tranquilícese usted,—le dije,—y exponga la verdad, toda la verdad acerca de los motivos que ha creído tener para lo que ha hecho... y de lo cual estará ya arrepentida.—Hubiera dado la vida por evitarlo—repuso,—pero arrepentirme... no. Se arrepiente uno de lo que medita, de lo que prepara... y yo no he meditado ni preparado nada. ¡Hace dos horas ni podía imaginar la desgracia que iba á traer sobre nosotros!—Explíquese usted sin ocultar nada... Además, la justicia acaba por descubrirlo todo.

Poco á poco fué serenándose, sintiéndose dueña de sí, expresándose casi con naturalidad.

—Mi defensa... no mi disculpa, está en la verdad misma. Si no fuese por mi hijo no me defendería...



Hablaba despacio, muy claro, aunque le temblaba algo la voz; pero los recuerdos, las ideas, los pensamientos, parecían afluir á sus labios sin artificio, sin preparación, sin propósito de variar nada de lo que iba refiriendo.

—Acabo de cumplir treinta y nueve años. Mi padre, que envidó muy joven, me educó á su lado; no pasé nunca veinticuatro horas separada de él, ni supe más que de oídas lo que son un convento ó un colegio. Me mimaba tanto, me dejaba tan dueña de mi voluntad, que si hubiera de ser mala, hace mucho tiempo que habría dado señales de ello. Murió teniendo yo diez y siete años. Entonces me llevó á vivir consigo una hermana suya de bastante más edad, soltera, de condición áspera, egoísta, acostumbra á estar y mandar sola en su casa, y para quien desde los primeros días comprendí que era yo un estorbo. No congeniamos. Mi dulzura, mi humildad, mi paciencia, en parte naturales y en parte extremadas por la reflexión, se estrellaron contra su natural violento y dominante. Al año siguiente comenzó á hacerme el amor el que había de ser mi marido... ese á quien he quitado la vida. Me vió en las calles, en los teatros, en los paseos, y me siguió á todas

partes: era guapo, parecía inteligente, fué el primero que me dijo amores, y le creí y hasta le quise, ó imaginé que le quería, sin haber podido conocerle. Le hice caso, estuvimos unos cuantos meses en relaciones, al principio escribiéndonos, luego hablando á hurtadillas, finalmente dejándome mi tía salir algunas veces acompañada de sólo una doncella, y por fin determinamos casarnos sin oposición de mi tía, á quien importaba más el deseo de vivir sola que el temor de verme desgraciada. ¿Llegamos á conocer mi novio y yo, como deben conocerse los que van á unirse para siempre? Estoy segura de que no. Poco tardé en convencerme de que sus cualidades, ó las que yo tomé por tales, eran más brillantes que sólidas. En cuanto á lo bueno que hubiera en mí, si algo había, era incapaz de apreciarlo. Mi padre me dejó un capitulito cuya renta era de tres mil duros próximamente. Agustín tenía también algunos valores que le daban mil y pico de duros al año; además, acababa de concluir la carrera de derecho y por recomendación de un tío suyo, personaje político muy influyente, estaba empleado con diez mil reales; entre ambos reuníamos más de lo bastante para vivir bien. Todo lo manejaba él, dándome lo necesario al gasto de la casa. Al año tuvimos un hijo... ese que usted ha visto... mi Juan. Luego Agustín, mi marido, comenzó á variar, á ser otro... ó yo comencé á enterarme de cómo era en realidad. Su defecto principal consistía en el horror al trabajo. ¿Para qué he de cansarle á usted con detalles y pormenores inútiles? Como no iba casi nunca al ministerio, le quitaron el destino... Por más que hice no logré que se ocupase en algo. Cafés, casinos, diversiones... y gastar, gastar como si tuviéramos diez veces más de lo que teníamos. Rara vez me hablaba de intereses. Yo le decía con frecuencia: «Trabaja, ocúpate, haz algo... piensa que el niño va creciendo, que los gastos son cada día mayores...» pero sin atreverme á insistir mucho, por delicadeza mal entendida, porque mi renta era mayor que la suya. No logré nada. La convicción del poco influjo que ejercía sobre él acabó por persuadirme de que no me quería como yo soñé ser querida... no, no era cariñoso ni aun para con el niño. Ya tenía éste diez años cuando la situación varió por completo. Comenzó á darme con mucha irregularidad las cantidades necesarias al gasto de la casa: unos meses menos de lo preciso, otros con gran retraso; y no me entregaba el dinero en días fijos, correspondientes á las fechas en que se cobraban las rentas, sino con una desigualdad, con una irregularidad que hacían imposibles todo orden y todo arreglo. Tuvimos atrasos, apuros, trampas... Por fin supe que jugaba... y así continuamos viviendo, él sin trabajar, sin quererme, y yo... sin estimarle. ¿Cómo había de tenerle cariño, si hasta tuve que sacar al niño del colegio porque llegamos á deber cinco meses? Con la mano sobre el corazón, le aseguro á usted, señor juez—me decía la pobre mujer,—que he sufrido mucho. En una de las peores épocas que recuerdo haber pasado, hace cinco años, estaba yo una tarde en casa de una amiga doliéndome y lamentándome de mi situación, cuando ella, refiriéndose á los apuros que pasábamos, me dijo: «Yo no quería hablarte de ciertas cosas: primero creyendo que no las ignorabas, segundo por no causarte pena removiéndolas... pero á estas horas no debéis de tener nada. Agustín lo ha vendido y se lo ha jugado todo, lo suyo y lo tuyo: á mi hermano se lo han dicho en la Bolsa; todo Madrid lo sabe.» Y añadió mi amiga estas palabras que no se me olvidarán nunca: «Precisamente hace muy pocos días he pensado mucho en ti porque mi marido ha estado ocupadísimo, yendo y viniendo de oficina en oficina, para librar á nuestro chico de quintas hasta dejar hecha la entrega del dinero: hija, ocho mil reales, y yo me decía, acordándome de ti: «¡Dios sabe si la pobre Carlota podrá librar al suyo cuando llegue la ocasión!» Desde entonces no hubo para mí día tranquilo ni noche sosegada. El niño tenía quince años cumplidos; había guerra en el Norte, guerra en Cuba... y no tenían trazas de acabar... La libertad y la patria serán cosas muy santas, pero para mí... antes era mi hijo... Yo veía pasar el tiempo, volar los meses... ¡y que me quitarían á mi Juan! Entonces comencé á hacer lo que nunca había hecho. Siempre que Agustín me daba dinero, de cada cantidad sustraía y guardaba algo: unas veces mucho... relativamente, otras poco; cuando podía, un billete, si no duros, pesetas... hasta cuartos. Así iba reuniendo, atesorando con verdadera codicia, escatimando en todo, mermando en todo para librar al niño... y cuando tenía bastante lo cambiaba en billetes... cada billete de veinte duros me daba fiebre de alegría...»

—Mientras D.^a Carlota iba refiriendo todo esto—nos decía don Cristóbal,—yo, con la mano metida en el bolsillo del pantalón, tocaba el tarjetero que me había dado á guardar, comprendiendo que allí estaban sus ahorros, sus privaciones, sus lágrimas... ¡extraño cuerpo de delito! y adiviné lo que faltaba de su relato.

—Así—continuó—llegué á reunir dos mil pesetas y un pico por si hacía falta más... Nuestro Juan debe entrar en quinta á fin de este mes. Yo había resuelto librarle sin decir nada á mi marido, segura de que si las dos mil pesetas caían en su mano nos quedábamos sin ellas... No hay palabras para expresar mis sufrimientos ni lo inquebrantable de mi resolución. En estos últimos días en casa no había un cuarto, mi marido no tenía nada; pero él sabía que yo guardaba en una cajita varias alhajas que fueron de mi padre, las cuales, por lo mucho que yo las estimo y por lo poco que valen, se habían salvado de situaciones parecidas: son unos botones de granates y unas tapas de reloj de oro. Esta tarde Agustín me las pidió, se las negué y no insistió. Después de comer, el niño se fué á estudiar con un amigo á la casa de al lado y nosotros quedamos en el comedor. Yo tenía en el bolsillo del delantal las llaves del armario. De pronto Agustín se levantó, arrojándose

sobre mí, me las quitó y echó á correr hacia el gabinete. ¡Figúrese usted lo que pasaría por mí! Volé tras él. Abrió el armario, sin hacer caso de mis súplicas, y por encontrar pronto las alhajas empezó á revolverlo todo, tirando al suelo las ropas. De entre unas chambras viejas salió el tarjetero en que estaban los billetes... dos de quinientas... siete de á ciento, lo demás en pequeños de á veinticinco... y tres ó cuatro duros en plata, que al caer chocaron y sonaron. No puede usted imaginar lo que allí sucedió. La escena ha sido rapidísima. Recogió el tarjetero, vió el dinero... le dije cómo y para qué lo había ido reuniendo, lloré, supliqué, me arrodillé, agarrándome á sus piernas: él me levantó cogiéndome por los brazos y me tiró contra una de las columnas de hierro que hay á la entrada de la alcoba: no sentí el golpe, sino el miedo, la seguridad de que se llevaba el dinero. Me levanté, y como un rayo me metí en la alcoba: del cajón de la mesa de noche saqué el revólver que él solía llevar cuando se retiraba tarde... le grité: «¡Dámelo... ese dinero es del niño... para la quinta... suéltalo!...» No, él no imaginó de lo que yo era capaz. Echó á andar hacia el pasillo... ¡riéndose! con el dinero. Entonces cerré los ojos, alargué el brazo y disparé dos veces... Cayó... y Dios me perdone, pero si no cae disparo ciento!

—Y al decir esto los ojos de aquella mujer adquirían una expresión de fiereza, que hubiese dado miedo si no infundiese admiración. Su relato me había impresionado profundamente: no recordaba haber recibido en toda mi carrera emoción tan intensa. Comencé á oírla como juez y acabé escuchándola como hombre... mi madre era de su mismo temple. Y al comprender los móviles que le habían impulsado á cometer el delito, porque legalmente era delito, comprendí también que el dinero tan afanosamente reunido para librar al hijo iba á quedar sujeto á las consecuencias del proceso y por consiguiente perdido. Entonces... difícil sería expresar las ideas y los sentimientos que hicieron presa en mi alma, ni con qué imperiosa violencia obraron en ella, sobreponiéndose á todo linaje de consideraciones. Además, ya he dicho antes que el actuario que estaba presente era mío, enteramente mío. «Señora—dije á D.^a Carlota,—en vista de esta declaración, no hace falta que quede usted incomunicada. La prisión, el proceso, son inevitables... Pero mañana podrá usted ser visitada en la cárcel por alguien de su confianza... y tome usted—añadí—devolviéndole el tarjetero.»

Me miró como hubiese mirado á Dios, y á mí, por un momento, me pareció que estaba mi madre ante mis ojos.

Ha sido la única vez—acabó diciendo D. Cristóbal—que á sabiendas he faltado á la ley... y aún no me he arrepentido.

Jacinto Octavio Picón.

PRECAUCIONES PATRIÓTICAS



—Antes de ir á la estación voy á pasarme por casa de Mr. Taylor á pedirle permiso. No sea que los Estados Unidos vayan á molestarse porque yo me traslade á Villaviciosa de Odón, y vaya el Gobierno á tener otro disgusto y otra deuda de un millón de pesos en perspectiva...

PLATO DEL DÍA

(PASTEL DE PUERCO)

Se toma un solomillo de lechón y se mecha con Lonjas... de almidón.

Se coloca después en la tartera salpicándolo bien con sal... de higuera, y en seguida se empapa y se sazona con dos copas de vino... de peptona.

(Si no se dispusiera de este vino, es igual con aceite... de ricino.)

Una vez extendido y amasado, le añadirás un rábano... yodado, teniendo precaución, cuando lo cojas, de tomarlo, está claro, por las hojas.

Cuando el todo está listo y preparado, se rehoga en manteca... de cacao, y se le echan dos granos de pimienta, algo de perejil y algo de menta;

pero no le echas clavo un solo día, que aun en pastel de puerco es porquería!

Si acaso al maniobrar la cocinera se le cayese alguno á la tartera, para sacarlo pronto es muy preciso echar luego otro clavo al mismo guiso, porque debe saber de cabo á rabo que un clavo, y es verdad, saca otro clavo.

En seguida se pone el solomillo sobre una Valdovera ó un ladrillo, y en una Fuente-Fiel de hoja de lata se le mete en el Horno... de la Mata.

Al sacar el pastel, después de asado, lo servirá á los postres un criado, y como tú lo pruebes, de seguro que ha de saberte á guiso de Angel Muro.

.....

Si á probarlo cualquiera llega un día, sólo falta saber, en esta broma, cuál de ellos es más puerco todavía: si el pastel en cuestión... ¡ó el que lo coma!

Fiacro Urzayoz.

CHISMES Y CUENTOS

Insisto en que estamos perdidos. ¿Á que no saben ustedes qué es lo que se les ha ocurrido ahora á las muchedumbres?

¡Una alianza con Francia y Rusia! Algunos periódicos lanzaron la idea y en seguida cuajó. Al que más y al que menos nos ha parecido de perlas.

No por el *aquel* de echárnoslas de potencia de primer orden, sino porque ha corrido por ahí el *rum rum* de que aquellas naciones nos iban á ayudar á acabar la guerra.

Me parece que no se puede pedir una confesión más explícita de debilidad propia...

Entre tanto el señor ministro de Fomento (de fomento ¿de qué?) sigue trabajando como un negro para ultimar el contrato con las empresas de ferrocarriles, que se va á presentar inmediatamente á las Cortes, porque se conoce que corre más prisa que la derrota y muerte de Maceo.

Algunos colegiales de primer año de latin creen todavía que ese proyecto de auxilios que tiende á arruinar á la nación no prosperará. Y ¿por qué lo creen? Porque casi toda la prensa asegura á diario con toda la formalidad posible que el país, en último extremo, se alzaría como un solo hombre para impedir semejante expoliación inicua...

Y bueno es seguir fiándose en la indignación del país para ganar tiempo.

Para alimentar tan halagüeñas esperanzas nos favorece extraordinariamente la falta de memoria.

Porque se nos ha olvidado que lo mismo dijimos todos cuando se trató de pagar la indemnización Mora y siempre que los Estados Unidos han venido con reclamaciones denigrantes.

«Eso no puede consentirse y no se consentirá, decían los periódicos. España duerme, pero despertará iracunda y feroz si el Gobierno es tan débil que admite tan deshonorosas componendas, etc., etc...»

Y ya han visto ustedes cómo ha despertado la nación feroz é iracunda. Para aceptar tranquilamente los hechos consumados y... pagar todo lo que le pidan.

Por lo tanto no se necesita ser Noherlesoom ni Pitonisa para pronosticar lo que va á ocurrir en el asunto.

El ministro hará tranquilamente su arreglo con los representantes de las Compañías, luego presentará el proyecto de ley al Congreso, protestarán el Círculo de la Unión Mercantil, alguna que otra Cámara de Comercio, y hasta el Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús si á mano viene, se pronunciarán cuatro ó cinco discursos *latosos* á propósito de lo que «ha dicho ó ha dejado de decir su señoría», y al llegar el terrible momento de la vo-

tación ya se habrán calmado los ánimos, y el proyecto se aprobará por trescientos venticinco votos contra cuarenta y siete.

Y en seguida pasaremos á discutir el asunto Campos-Borrero, que no se habrá resuelto todavía.

¿Cuánto apostamos á que es así como vamos á salir del paso?

Ahora, que siempre nos quedará una esperanza á los hombres de buena voluntad.

Y es que venga una convulsión á acabar con todos estos tiquis miquis, convulsión de abajo ó de arriba, ó de cualquier parte.

Y entonces... ya se sabe que una ley se deroga con otra.

Y basta con un artículo que diga: «Las líneas férreas pasan á ser propiedad del Estado», sin más explicaciones.

Lo que hay es que los hombres sesudos dirán que eso es una barbaridad. Pero ¿qué remedio?

Final de un telegrama de Cuba:

«La operación ha tenido verdadera importancia, pues el sitio elegido por los insurrectos era excelente para pasar en él la temporada de las aguas en bohíos construídos apropósito y con grandes terrenos labrados y sembrados, que garantizaban el sostenimiento de las partidas.»

Ahora... hagamos consideraciones.

Quedábamos antes en que los insurrectos andaban á uña de caballo, perseguidos constantemente y... queriendo cruzar la trocha.

Y el cablegrama viene á sumirnos en el mar de la duda. Porque parece que habían construído bohíos apropósito para pasar la temporada de aguas con la tranquilidad del justo.

Pero no es eso lo peor.

Lo peor es que habían labrado y sembrado la tierra en una extensión suficiente para el sostenimiento de las partidas! Y además pensaban estar allí, sin que los molestasen, por lo menos hasta la recolección de las cosechas.

¡Á no ser que aquel suelo sea tan fértil que lo que se siembra tal día como hoy produzca el ansiado fruto tal día como mañana!

¡Ayl por algo dicen en *Flor de un día*:

«Bello país debe ser
el de América, papá.»

Me tiene en sus redes preso
y no quiere, á pesar de eso,
que le dé un beso Pilar.
¿Es que tendrá miedo al beso,
ó á lo que pueda tronar?

RAMÓN ASENSIO MAS.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. Treviño.—Santo y muy bueno que se insulte á Maceo, que al fin y al cabo es un bandido, como usted dice; pero ante todo hay que contar las sílabas y formarse clara idea de los consonantes.

Sr. D. L. S.—El último es el que tiene algo de gracia, pero ¡es tan fuertel!

Silogismo.—«Quisiera ver á un toro
comiendo un gran potaje
y al lado suyo un paje
lo mismo que un varal.»

¡Ay, ay, ay! ¡Cuántos años hace que pasaron de moda esas incongruencias!

Sr. D. A. D.—¿Un soneto con doce versos octosílabos? ¡Es la primera vez que lo veo!

Sr. D. E. B.—Muy bien... para un álbum.

Sr. D. C. C.—Puede disponer de ambos libros como guste. En lo otro no puedo complacerle, porque no sé dónde habrán ido á parar.

El conde de Pitschilo.—Sí, es muy bonito. Allá va:

«Cabalgando en potro fiero
de noche iba un cabayero
yevando de la silla en el arzón
la dama más hermosa,
la dueña de su amante corazón.

¡Pim, pom!

dos tiros se oyeron
y catorce hombres salieron
de un espeso matorral
y le dijeron ¡Morrall
y... desaparecieron.»

¡Eso! ¡eso es cultivar el género romántico, y lo demás es musical!

Sr. D. R. de A.—Estaba adimitida y le pedí á usted la firma. Existe el número que desea.

General Mente.—Pero si todas esas cosas las estoy yo diciendo en los *Chismes* hace mucho tiempo.

Un devoto de San Crispín.—La versificación sigue siendo lastimosa. Porque el primer verso:

«Erase un día en que ofuscado»

tiene una sílaba de más.

Chinorré.—¡Rediez! ¡qué mal gusto revela ese final! ¡Dios se lo perdone!

Filipo.—El asunto es una pequeñez tan pequeña...

Dasvencoal.—Ello en sí es mediano. Y hay unas asonancias al empezar la segunda cuartilla que parten el corazón materialmente.

Sr. D. C. J.—Un poquito tristes y... sin novedad de ningún género.

El gato blanco.—Es demasiado conocida la frase. Debo advertir á usted que no se dice Méncia, sino Mencía, y de ahí que algunos versos le resulten largos.

Sr. D. R. M.—Aunque tengo interés,
no puedo publicar
ninguna de las tres.

Mustio Cebolla.—No está mal la idea; la forma es la que resulta vulgar y... un poco pedestre.

Uno de tantos.—¿La verdad? Pues la verdad es que eso no son versos ni nada.

Un importuno.—Como usted comprenderá, no tiene la menor importancia el asunto. Porque ir al baile de un casino, bailar con una muchacha y olvidarse después de que se ha bailado son cosas que no valen la pena de contarlas.

K. K. O.—Eso de ser vulgares
es un defecto atroz en los cantares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIVANNE Y LANOTHE

MALAGA—MARRAKESH.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º